

jar rodar por sus coralinas mejillas una lágrima de dolor y sorpresa.

Los instantes pasan, las horas vuelan: le parece que ya hace un siglo que aguarda. La madre no aparece. El niño comienza a angustiarse y a entristecerse; sale al portón, extiende la cabecita, mira.... aguarda.... no la ve; los ojos se le llenan de lágrimas; el corazón le palpita, oscila entre el temor y la esperanza, prorrumpe el llanto; en esas la madre aparece ¡Qué consuelo! La angustia pasa, cual la estela del navío que hiede las olas de bonancible mar. El corre a su encuentro, la abraza.—¿Porqué me has hecho aguardar tanto? Aquí estoy y te traigo sabrosos confites.

Las lágrimas no corren ya; no se oye el palpitir del corazón: sigue bonanza perfecta. El niño no esperó en vano porque el corazón materno nunca hace traición.

El honrado agricultor, después de largo trabajo y con los ahorros hechos, compra un extenso terreno, luego lo cerca; los sembrados dejan ver los primeros tallos, crecen, los coronan las espigas; llega la cosecha y las trojes se llenan de granos; las dehesas se pueblan de ganado, y hay abundancia en la casa, porque el trabajo logra ver no frustrada la legítima esperanza; el agricultor no esperó en vano.

El maestro, noble mártir de un encargo paternal, se afana con sumo ahínco, se desvive para dar luz a las inteligencias juveniles, vigor a las voluntades vacilantes; gasta en esa ardua tarea las fuerzas del cuerpo y las energías del alma, y cuántas veces sólo consigue olvido, ingratitude, aun no le falta el tener que saborear el soez insulto, la necia burla, y hasta la feroz calumnia. El maestro esperó en vano porque *cuchillo* es ingratisimo.

La Patria, madre querida para todo pecho bien nacido, ¿esperará en vano que la juventud no sea su más legítima esperanza? ¿Que no sea así! Colombia es madre de héroes y de sabios; Colombia es región tan bien situada: bañada las apacibles aguas del Pacífico y las turbulentas del Atlántico, aquellas le enseñan que durante la paz deben reinar en amigable consorcio las artes, ciencias y letras, esmaltada esa trinidad con virtudes cívicas y cristianas; las del Atlántico le muestran que si es menester oír el clangor del clarín y el redoble del tambor, está puesto en razón que no haya ningún vacío en las filas de los defensores de la Patria, y cual ola embravecida llevar al fondo de la ignominia los conculcadores de los derechos de los colombianos y que pisan el suelo independizado por Córdoba, Sucre y Bolívar. ¿En dónde nacieron Francisco José de Caldas y el Capitán Antonio Ricaurte?

La fe, antorcha de los horizontes de la esperanza, ¿nos podrá hacer traición? Responda San Pablo: «La fe es el fundamento o firme persuasión de las cosas que se esperan, y un convencimiento de las cosas que no se ven».

Las tendencias del corazón, llevadas en alas de la esperanza, iluminadas por los esplendores de la fe. ¿No nos harán gozar de los fulgores de la caridad en los tabernáculos de la gloria eterna?

III

Refiere la leyenda que iba un santo varón por esos trigos de Dios, y encontró una hermosa doncella en cuyas manos sostenía una antorcha encendida, en la diestra; y un jarro de agua, en la siniestra.—¿Para qué tienes esas cosas en las manos?—¡Ah! Señor, quisiera con esta antorcha abrasar los corazones de los hombres para que sólo amen a Dios por puro amor, cautivados por las ternuras de su bondad y confiados en los maternos cuidados de su Providencia; y con esta agua apagar el infierno, para que los hombres no temen a Dios sino que le amen sobre todas las cosas. Dicho esto desapareció la doncella.

El egoísmo con sus negras manifestaciones; la envidia, tímida y vergonzosa en sí, pero cruel porque roe las entrañas del envidioso y envenena las acciones de suyo inocentes; tiene por inmundicia prole el odio, la intriga, la calumnia y la traición. Ese era el cortejo que acompañaba a los grandes de la tierra hasta que del pecho del Salvador del mundo brotó la Caridad, virtud divina que, como el sol, ilumina todo el mundo y realiza los predios que los anales del cristianismo nos refieren y llenan las páginas de la historia con sus manifestaciones más exquisitas: ya enjugando las lágrimas del dolor, ya quitando las tinieblas de la ignorancia, bien rompiendo las cadenas de los esclavos, bien dando madres al huérfano y apoyo al anciano.

¡Bendita Caridad! Manantial fecundo de consuelo; árbol cuyos frutos alimentan al pobre y le recuerda que Dios forja esas manos que derraman el bienestar en los necesitados cuando se creían desamparados.

¡Sublime Caridad! Sólo tú tienes el poder de arrancar los afectos más caros, cuales son: los placeres, los honores y las riquezas, para convertirlos en penitencia, humildad y pobreza.

Cuando la Caridad anida en un corazón, brotan en él las virtudes; entonces los sacrificios no cuestan; las cosas repugnantes deleitan; el desprecio no mella; el insulto no lastima; y el perdón es la única venganza. Caridad ingeniosa: has levantado asilos para la orfandad y la vejez; construido hospitales para los enfermos; casas de educación para los ignorantes, y refugios para los descañados que han dejado los tesoros del alma en los zarzales del mundo.

Encendidos con tu fuego y recalentados con tus ardores los apóstoles recorren el mundo y derraman en él la semilla de la palabra evangélica; los mártires, con la intrepidez de los que sólo temen a Dios, vierten gustosos su sangre en testimonio de la fe; los confesores no trepidan ante el cumplimiento del deber porque columbran en los esplendores

de la gloria ese brasero, donde los fuegos del amor divino no se apagaran nunca, porque la medida del amor es no tenerla.

En las tierras yermas no crecen plantas hermosas; en las sociedades donde no reina la caridad aparece la filantropía; los frutos de ésta son para la tierra, los de aquella para el cielo.

Caridad, sombra benéfica, naciste al pie de la Cruz; vivificada con la sangre divina, has crecido con los siglos; y cuando huyas del mundo o el mundo sea indigno de tus beneficios, todavía harás mansión en los corazones de los hijos de Dios.

IV

Los hombres de Fe, Esperanza y Caridad son aquellos en cuya frente se ostenta la dignidad humana en todo su esplendor; los hombres de Fe, Esperanza y Caridad son los que tienen amor a la Patria, manifestado con palabras de respeto y veneración, como con acciones que son timbre de gloria en las páginas de los anales de la Patria; los hombres de Fe, Esperanza y Caridad son los verdaderos cristianos; huyen de las artimañas del error, son los defensores de la verdad, y nunca trepidan ante el cumplimiento del deber; honran la humanidad, y son los vestigios vivientes de la acción de Dios en este mundo.

Jóvenes, miembros de la Sociedad Aurora, llevad airosos el lema de ella: Dios, Patria y familia. ¿Podría encontrarse alguno mejor? Para Dios los latidos del corazón y sus más heroicas palpitaciones, los destellos del genio y las fuerzas físicas; para la Patria todo lo que somos y todo lo que tenemos; para la familia un apellido orlado con los atavíos de una vida sin mancha. ¡Ah! Llevad también el recuerdo del que os considera como su único y último amor. ¡Juventud que me escucháis sed mi corona y la honra de la Patria.

PACÍFICO CORRAL.

La fortuna de los Romanoff

Un telegrama de Petrogrado anuncia que la fortuna de la familia imperial se ha secuestrado en favor de la nación y que el avalúo ha resultado un sueño de las «Mil y una noches».

Una grave revista inglesa al consagrar un estudio sobre esa fortuna dice que sobrepasa a todas las de los multimillonarios americanos.

Los grandes duques, que nada más son en número de 40 poseen 325 palacios y 5,000 millas cuadradas de territorio y recibían del estado, cada uno, dos y medio millones de francos anuales. El personal de empleados ascendía a cien mil.

Pero lo que llega a la fábula es la fortuna personal de Nicolás. Esta, según la revista inglesa, es incalculable.

El Zar era el más opulento de los soberanos del mundo.

En los bancos extranjeros posee